

EL VOTO DE LA COSTUMBRE. CULTURAS POLÍTICAS Y CRISIS URBANA EN MADRID A COMIENZOS DEL SIGLO XX*

*The vote of custom. Political cultures and urban
crisis in Madrid at the beginning of 20th century*

Carlos HERNÁNDEZ QUERO
Universidad Complutense de Madrid (UCM)
chquero@ucm.es

Fecha recepción: 08/12/2016; Revisión: 02/08/2017; Aceptación: 19/09/2017

RESUMEN: En las últimas décadas la historia política ha renovado sus enfoques con el propósito de ofrecer explicaciones más sofisticadas sobre la identidad política de los agentes históricos. En ese marco de aparición de nuevas directrices, el concepto de cultura política se ha erigido como una de las herramientas más utilizadas por los académicos nacionales e internacionales. Sin embargo, sus reseñables avances en el plano de los discursos y las representaciones no se han trasladado al terreno de las prácticas o de la acción desde abajo y al margen de las instituciones. En este artículo se pretende incorporar estos elementos y se brinda una interpretación del concepto de cultura política que pone el acento en la importancia de los factores antropológicos, prácticos y contextuales. El grueso del artículo queda compuesto por un ejercicio de microhistoria en el que se aplica la definición propuesta para analizar el peso de la comunidad y la costumbre en los hábitos políticos de los madrileños en un momento singular: la coyuntura de cambio social, transformación urbana y crisis cultural que acompañó los últimos años de la Restauración.

(*). Este texto forma parte de las actividades del Grupo de Investigación Complutense «Espacio Sociedad y Cultura» y del proyecto «La sociedad urbana en la España del primer tercio del siglo xx. Madrid y Bilbao, vanguardia de la modernidad. 1900-1936» financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (Referencia HAR2015-65134-C2-1-P). El artículo ha sido posible gracias a la concesión de un contrato de Formación de Profesorado Universitario (FPU) por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Palabras clave: cultura política; historia urbana; microhistoria; historia desde abajo; costumbre; crisis de la Restauración.

ABSTRACT: During the last decades political historians have renewed their methodological approaches to the past in order to provide wider explanations of the political identity of the historical subjects. In this intellectual frame, the concept of political culture has raised as one of the most used tools by both spanish and international scholars. However, the important advances political culture has brought up in the study of ideas and representations have not had their counterpart in the realm of practices or actions from below and regardless of parties and institutions. In this article we try to incorporate those forgotten elements adopting an anthropological, practical and contextual approach to the concept of political culture. The majority of the article lies on a microhistorical exercise in which we make use of our definition of political culture with the aim of measuring the weight of custom and community in the political attitudes of Madrid citizenship in a particular period: the conjuncture of social change, urban transformation and cultural crisis that defined the last years of the Spanish Restoration.

Key words: political culture; urban history; microhistory; history from below; custom; crisis of Spanish Restorariion.

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo pretende reflexionar sobre la(s) cultura(s) política(s) en la sociedad urbana de principios del siglo xx. Para ello, toma como ejemplo la ciudad de Madrid y se sirve de la documentación relacionada con las elecciones municipales de diciembre de 1909 para reflexionar acerca del peso que la comunidad y la costumbre tenían en los hábitos políticos del momento. El contexto remite a una coyuntura clave en la historia de la Restauración, puesto que los comicios de aquel invierno fueron interpretados por los diferentes actores políticos como un plebiscito en torno a la obra de gobierno de Maura y en las principales capitales de provincia la recién parida alianza republicano-socialista cosechó un triunfo sin precedentes. Las circunstancias, el nudo y el desenlace de aquella brecha en el sistema ya han sido estudiados por la historiografía política de la Restauración, por lo que este texto no pretende ser un mero ejercicio de sociología electoral que ilustre el fenómeno en el marco local. Más bien busca ampliar la definición de lo político hacia un terreno no institucional ni partidista con el fin de proporcionar una mirada alternativa sobre las motivaciones y actitudes políticas de la ciudadanía en los albores de la sociedad de masas¹.

Para cumplir dichos propósitos, en las siguientes páginas se plantea un análisis microhistórico de una forma de hacer política caracterizada por la preeminencia de

1. DIRKS, Nicholas; ELEY, Geoff y ORTNER, Sherry (eds.): *Culture, Power and History*. Princeton: Princeton University Press, 1994.

los lazos comunitarios y el contacto entre vecinos. A falta de otra denominación, hemos designado este conjunto de prácticas con el rótulo de cultura política de la costumbre. Junto con las actas electorales, hemos reconstruido este microcosmos a partir de fuentes de carácter estadístico como el Padrón Municipal de Habitantes y documentación de prensa. Con el objeto de abordar el fenómeno en toda su complejidad, primero se discute la potencialidad y capacidad heurística del concepto de cultura política. Una vez revisados los rasgos distintivos del debate, a continuación se opta por una reformulación teórica del término en un sentido práctico, antropológico y urbano que permita conciliar en un mismo haz los enfoques más sociales con las perspectivas más puramente políticas². Tras ello se propone un estudio de los principios que informaban la cultura política de la costumbre a partir de un caso concreto y aparentemente atípico: el barrio de Dos de Mayo, con el que se pretende mostrar que en un espacio urbano coexistían identidades variadas y yuxtapuestas. Frente a la preponderancia del individuo o la clase como modos de congregación ortodoxos del mundo moderno, se defiende que la comunitaria también era una forma de pertenencia disponible para los habitantes de la ciudad³.

2. UN ENFOQUE CULTURAL PARA LA POLÍTICA

No cabe duda de que el concepto de cultura política ha superado con éxito el umbral simbólico de los *giros* y las modas pasajeras y se ha instalado de manera definitiva en el panorama académico internacional⁴. En España su popularidad ha alcanzado cotas tales que en el momento actual resulta difícil discutir su condición de principal artífice y beneficiario de una «nueva historia política» que se pretende rejuvenecida en sus enfoques sobre el pasado. Aun con todo, es bien sabido que el término es una suerte de significante vacío aquejado de problemas en el plano de la definición. Si esta peculiaridad en ocasiones ha sido un ingrediente indispensable en la receta de su éxito y explica su omnipresencia en la conversación historiográfica, también encierra los gérmenes de su debilidad. En primer lugar, por la confusión teórica que preside algunos trabajos escritos bajo el membrete de cultura política. Y, en segundo lugar, por el desequilibrio existente entre las expectativas de renovación de la historia tradicional generadas por sus impulsores y el impacto efectivo que ha tenido a la hora de proporcionar un conocimiento más depurado y diverso de la realidad política de ayer. De hecho, es lícito cuestionar hasta qué punto el concepto de cultura política ayuda a desentrañar problemas que eran irresolubles anteriormente

2. ELEY, Geoff y NIELD, Keith: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?* Valencia: PUV, 2010 (2007).

3. DOYLE, Barry M. (ed.): *Urban Politics and Space in the Nineteenth and Twentieth Centuries: Regional Perspectives*. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing, 2007.

4. FORMISANO, Ronald P.: «The Concept of Political Culture», *Journal of Interdisciplinary History*, xxxi, 3, 2001, pp. 393-426; DE DIEGO, Javier: «El concepto de cultura política en ciencia política y sus implicaciones para la historia», *Ayer*, 61, 2006, pp. 233-266.

o los enquista al tiempo que presenta bajo un manto de originalidad productos ya conocidos. Situado en un cruce de caminos, su carácter deliberadamente ambiguo ha permitido que demasiado a menudo la etiqueta haya devenido en una traducción porosa y remozada de lo que antes eran elites, partidos o ideología para la historia política convencional o en una interpretación de lo cultural restringida al ámbito de las representaciones, los valores y los discursos⁵.

No ha de resultar extraño, por tanto, que haya sido en los terrenos colindantes con la teoría política y el análisis del lenguaje donde la noción de cultura política ha recogido sus frutos más maduros. En dichas parcelas, el concepto se ha revelado como un instrumento capaz de ofrecer una lectura más comprensiva, contingente, polisémica e histórica del pensamiento político y de las categorías maestras que informaban las ideas y acciones de los sujetos⁶. Sin embargo, a pesar de los avances apuntados, la historia de las culturas políticas en su versión más puramente textual bebe de las mismas fuentes que la historia intelectual y la historia política, por lo que a duras penas logra escapar de algunos vicios que afectaban antaño a aquellas disciplinas. Por una parte, aún mantiene ciertas dosis de idealismo y elitismo. Por otra, parece haber redoblado esfuerzos en la defensa del carácter fundador, causal, normativo, unívoco o performativo de los discursos. Finalmente, ofrece un relato histórico descompuesto en esferas en que la política con frecuencia ocupa una posición autónoma o de primacía respecto al mundo social. Todo ello tiene como corolario la despreocupación por la naturaleza constrictiva del contexto, la postergación del estudio de las prácticas y la reducción de lo político a una lógica formal de organizaciones en mayor o menor medida estructuradas que nos remite a una estampa de lo que podríamos denominar, con William H. Sewell

5. SAZ, Ismael: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons, 2003; DE DIEGO, Javier: *Imaginar la República. La cultura política del republicanismo español (1876-1908)*. Madrid: CEP, 2008; PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza: IFC, 2010; GARCÍA MONERRIS, Encarna; MORENO SECO, Mónica y MARCUELLO, Juan Ignacio (eds.): *Culturas políticas monárquicas en la España liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*. Valencia: UPV, 2013; GALLEGO, Ferran: *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*. Barcelona: Crítica, 2014; PÉREZ LEDESMA, Manuel y SAZ, Ismael (eds.): *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. 6 volúmenes, Madrid-Zaragoza: Marcial Pons-PUZ, 2014-2016.

6. Pese a que existe una vasta bibliografía en historia de las culturas políticas, simplificando podemos señalar la existencia de dos grandes líneas de interpretación. Por un lado, el término ha sido intensivamente utilizado por historiadores políticos franceses como Sirinelli o Berstein, para quienes las culturas políticas, en plural, pueden identificarse como sinónimo de universo mental y de visiones de mundo de las distintas tradiciones o familias políticas. BERSTEIN, Serge: «La cultura política». En: RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François (eds.): *Para una historia cultural*. México: Taurus, 1997, pp. 389-407. Por otro lado, desde el giro lingüístico y la historia conceptual se ha difundido una noción alternativa que concibe la cultura política, en singular, como una matriz o espacio discursivo previo sin el cual no pueden articularse intereses o prácticas sociales. BAKER, Keith M.: *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994; id: «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62, 2006, pp. 89-110.

Jr., «alta cultura política»⁷. En tales circunstancias, la cultura política se presenta como un arsenal de recursos que pertenece, en origen, a la minoría de oradores o figuras más locuaces de un club, un periódico o una familia política. Solo después, aquilatados los perfiles diferenciales de cada cultura, la política *desciende* hacia la conciencia de correligionarios e individuos, siempre descritos a la zaga de los creadores de discurso. No es, por tanto, un atributo popular ni algo alojado en los cimientos de la sociedad, sino más bien en su periferia o en sus alturas. En su uso más extendido, se nos revela como una herramienta provechosa para obtener un conocimiento depurado de una sola de las parcelas que incumben a la política. Sin embargo, esta no se agota en las definiciones que han hecho de ella los estudiosos de la cultura política.

De hecho, a nuestro entender, en los cauces por los que ha discurrido la aplicación de este concepto, el conocimiento de la política ha quedado paradójicamente empobrecido y sometido a márgenes tan estrechos como a los que le confinaban antaño las explicaciones materialistas. Precisamente por ello sigue siendo necesario dar con herramientas que ofrezcan explicaciones más sofisticadas. Sin embargo, puesto que la fórmula ha echado raíces en la comunidad historiográfica y tiene el acierto de poner en la palestra el término de cultura, sería absurdo desaprovechar su potencial. En lugar de desecharlo, en este ensayo pretendemos ampliar su significado adoptando una definición antropológica, interpretativa y contextual de cultura que nos permita atender a las prácticas sociales y no solo a las representaciones. Una acepción que, siguiendo a Robert Darnton, subraye la peculiaridad distintiva del pasado como lugar desconocido y nos faculte para captar las motivaciones políticas del mundo de ayer con «espíritu etnográfico»⁸. Creemos que solo retomando esa sensibilidad legada por la mejor tradición de historia cultural podremos lanzar investigaciones que graviten en torno a las experiencias de los agentes del pasado sin proyectar sobre los tiempos pretéritos categorías maestras de nuestro presente como la centralidad de los partidos o la comunicación de masas. Solo así, igualmente, podremos disipar el halo de excepcionalidad e independencia que ha rodeado la política y comenzaremos a naturalizarla en su dimensión histórica como una actividad terrenal, inmediata y desregulada que se nutre de las interacciones cotidianas, el lenguaje, los códigos culturales y las redes informales que componen la organización social. Lo que se pretende, en suma, es recuperar el estilo interpretativo de la cultura política que alumbraron historiadores como Lynn Hunt o Roger Chartier y que ha quedado eclipsado en nuestro país en beneficio de enfoques más discursivos⁹. Por ello, a lo largo del artículo,

7. SEWELL JR., WILLIAM H.: «Por una reformulación de lo social», *Ayer*, 62, 2006, p. 54.

8. DARNTON, Robert: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: FCE, 2002 (1984), p. 11.

9. HUNT, Lynn: *Politics, culture and class in the French Revolution*. Berkeley-Los Ángeles: University of California Press, 1984; CHARTIER, Roger: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. Barcelona: Gedisa, 2003 (1991).

cultura política hará referencia al conjunto de reglas implícitas, hábitos sociales, sentidos comunes, solidaridades y expectativas preñadas de cotidianidad con que los hombres y mujeres daban significado a sus intenciones y acciones políticas. El término es concebido como un patrimonio socialmente disponible a expensas de ser utilizado o como unas lentes con las que leer el presente y actuar en él. Lejos de ser un zócalo estático o una norma consensual, esta definición obliga a trascender el estudio de lo simbólico para entender la cultura como un ámbito de actividad práctica sujeto a usos creativos y transformaciones¹⁰.

En sintonía con dicha argumentación, en este texto nos proponemos interpretar una de esas situaciones de fractura cultural en que los valores hegemónicos entran en crisis, la ortodoxia es desafiada y en el horizonte se dibujan múltiples posibilidades. En particular, nos interesa reconstruir el fenómeno de cambio, conflicto y reformulación de culturas políticas que vivió España durante las últimas décadas de la Restauración, cuando la brecha entre las transformaciones del cuerpo social y la quietud de las normas fue más patente que nunca. Entonces asomaron a la superficie actores, técnicas de movilización, mensajes de identificación colectiva y soportes de circulación de ideas que dejaron ver las grietas de un régimen en avanzado estado de descomposición. Pero, al mismo tiempo, se reprodujeron las persistencias y se inauguraron estrategias de conservación del orden sobre bases alternativas. En efecto, desde comienzos de siglo, al calor de las tensiones que afloraban en la articulación social, se libró una disputa abierta por la reorganización de las reglas de funcionamiento del campo político.

En puridad, aquella batalla fue la expresión española de un fenómeno transnacional. La renovación de los repertorios de acción política ante el advenimiento de las masas fue una manifestación común a las sociedades occidentales y, más concretamente, a las ciudades. Por este motivo, en el artículo se analiza la cultura política a partir de una aproximación urbana, pues entendemos que la intensificación del proceso urbanizador a finales del siglo XIX quebrantó profundamente las formas de relación social, alimentó la aparición de nuevos comportamientos y generó un desgarramiento decisivo en los modos de estar en política¹¹. En el caso de Madrid, el extenso conocimiento disponible sobre la evolución demográfica, económica y material de la ciudad invita a pensar en ella como un laboratorio

10. THOMPSON, Edward Palmer: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing, 2012; BOURDIEU, Pierre: *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press, 1977 (1972); SWIDLER, Ann: «Culture in Action: Symbols and Strategies», *American Sociological Review*, 51, 1984, pp. 273-286; SEWELL JR., William H.: «The Concept(s) of Culture». En: BONNELL, Victoria E.; HUNT, Lynn: *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 1999, pp. 35-61.

11. Además, las últimas tendencias culturales en historia urbana invitan a considerar la ciudad como un escenario interesante para el cruce entre lo político y lo cultural. EWEN, Shane: *What is Urban History?*. Cambridge: Polity Press, 2016.

privilegiado desde el que atender a la transformación de las culturas políticas¹². Así, la progresiva toma de distancia que caracterizó la vida en la ciudad de principios del Novecientos fue el marco que posibilitó la erosión de las concepciones corporativas y la mudanza en las formas de movilizar y comunicar con el electorado. A su vez, el estallido urbano engendró desigualdades, demandas, malestares y retos inéditos que contribuyeron a forjar fronteras entre diferentes opciones políticas y concedieron nueva importancia a la conquista de las instituciones y la gestión de lo común. En definitiva, la crisis de la ciudad decimonónica deparó un contexto de cambio material y cultural que se vivió más como apertura de oportunidades y superposición conflictiva que como la limpia sustitución de lo viejo por lo nuevo que sugirió el relato de la modernización. En ese sentido, creemos que si se quiere explorar una interpretación alternativa de cultura política resulta indispensable contar con la variable urbana¹³.

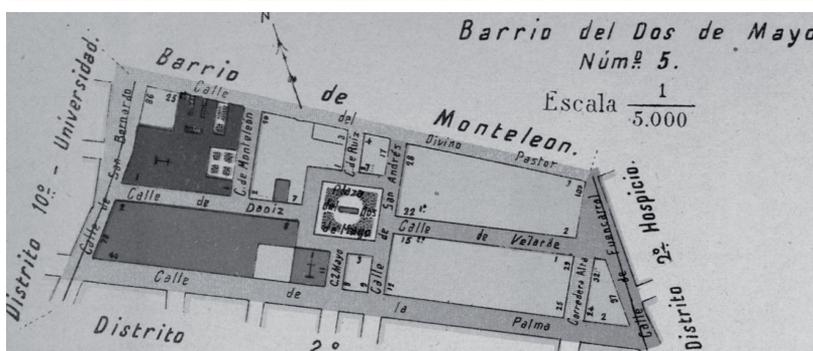
En concreto, en las siguientes páginas se va a exponer un acercamiento a este marco de conflicto entre culturas políticas tomando la capital española como ejemplo y la singular estructura de oportunidades de 1909 como coyuntura. En Madrid, como en muchos otros lugares, la política de masas no se impuso fruto de una necesidad histórica o como consecuencia inevitable del progreso, sino que fue discutida por otras prácticas sociales arraigadas en la costumbre. Frente a la lectura de la democratización como reflejo objetivo de una serie de indicadores económicos, en este texto nos interrogamos acerca de la vigencia de una cultura política que se distinguía por la articulación escalonada de una serie de vínculos, deudas personales y relaciones primarias que tenían lugar en el espacio inmediato de la comunidad vecinal y permitían acercar a candidatos y electores a través de unos mediadores sociales: los interventores. Para llevar a cabo esa aproximación se plantea dar una vuelta de tuerca a los análisis clásicos de sociología electoral, con frecuencia consagrados a la reproducción de resultados y a la descripción informativa, para ensayar una explicación más problemática de la participación política de los madrileños bajo el régimen de la Restauración tratando de exprimir aquello que pasa inadvertido en una mirada tradicional sobre las fuentes¹⁴. Por ello, en lugar de centrarnos en los discursos de las élites, prestaremos atención al rol crucial que los interventores desempeñaban en el engrase de lo político a nivel local. Junto a esta figura, nos

12. PALLOL, Rubén: *El Ensanche Norte. Chamberí, 1860-1931. El Madrid moderno*. Madrid: Catarata, 2015; VICENTE, Fernando: *El Ensanche Sur, Arganzuela (1860-1931): los barrios negros*. Madrid: Catarata, 2015; CARBALLO, Borja: *El Ensanche Este. Salamanca-Retiro 1860-1931. El Madrid burgués*. Madrid: Catarata, 2015; DE MIGUEL, Santiago: *Madrid, sinfonía de una metrópoli europea. 1860-1936*. Madrid: Catarata, 2016; DÍAZ, Luis: *Los barrios bajos de Madrid, 1880-1936*. Madrid: Catarata, 2016.

13. HERNÁNDEZ, Carlos: *Bautismo ciudadano. Transformación urbana, sociedad de masas y aprendizaje político de los madrileños (1909)*. TFM, UCM, 2015; PALLOL, Rubén: «Madrid 1868: la ciudad y la revolución». Comunicación presentada al XIII Congreso AHG, 2016.

14. Un trabajo que cruza análisis electoral e historia urbana a partir de un enfoque microhistórico en BRODIE, Marc: *The Politics of the Poor. The East End of London, 1885-1914*. Oxford: Clarendon Press, 2004.

MAPAS 1 y 2. Barrio de Dos de Mayo



Situación del barrio de Dos de Mayo en los planos de José Méndez: Nueva Guía de Madrid del Noticiero Guía de Madrid, 1909 (arriba) y Álvaro González Iribas: Guía práctica de Madrid con arreglo a la nueva división administrativa y judicial, 1906 (abajo).

serviremos de una descripción densamente contextualizada del tejido que conformaba la vida en común en una zona precisa de Madrid: el barrio de Dos de Mayo (5.489 personas, distrito de Chamberí), paradigma de vecindario de composición mixta del casco antiguo donde resistía con fuerza una cultura de proximidad y trato directo que ha sido reconstruida a través de las fichas de empadronamiento¹⁵. El espacio nos interesa, además, porque el barrio, como unidad histórica de convivencia, era el medio en que se fraguaban las experiencias sociales y se tejían las redes personales que tanto impacto tuvieron sobre las afinidades políticas. El examen combinado de ambas palancas permitirá poner el foco en algunos detalles que los historiadores políticos han desatendido y que consideramos, con Ginzburg, indicios capaces de revelar información sobre preguntas más complejas como: ¿qué elementos permiten desmenuzar la política desde abajo más allá de las proclamas de los líderes?, ¿cuál era el tipo de vínculo social que sustentaba a una determinada corriente política?, ¿qué significados tenía el acto de votar?¹⁶

3. LA DIMENSIÓN SOCIAL DEL VOTO Y EL GOBIERNO DE LAS CIUDADES

A principios del siglo XX muchos madrileños vivían al margen de las pugnas partidarias y desconfiaban de la capacidad transformadora de las instituciones. Por aquel entonces, apenas hacía un puñado de años que los ciudadanos habían recuperado el derecho al sufragio, por lo que únicamente los más viejos del lugar podían conservar recuerdos de la agitación vivida en el Sexenio y solo unos pocos atesoraban una experiencia dilatada en procesos electorales. Pero, como han demostrado los historiadores de la acción colectiva, que la voz de los individuos no resonara en las instituciones no quería decir que carecieran de ella o que fueran incapaces de presionar desde abajo a las autoridades para arrancar mejoras materiales o garantizar la reproducción social¹⁷. El silencio de los años de censo recortado había sido más aparente que real en un Madrid que mudaba su piel a pasos agigantados al son de un crecimiento urbano imparable. Se había tratado de un ruido sordo, incapaz de acallar las experiencias políticas que jornaleros, tenderos, artesanos o amas de casa siguieron acumulando en la promiscuidad de la vida de barrio. En aquel Madrid, como en otras sociedades urbanas, proliferaban

15. La pertinencia del barrio para la microhistoria en GRENDI, Edoardo: «Microanalisi e storia sociale», *Quaderni Storici*, 7, 1972, pp. 506-520.

16. GINZBURG, Carlo: «Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales». En: *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa, 1989, pp. 185-239.

17. CRUZ ARTACHO, Salvador: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada 1890-1923*. Madrid: Ediciones Libertarias-Ayuntamiento de Córdoba, 1994; GIL ANDRÉS, Carlos: *Echase a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*. Zaragoza: PUZ, 2000; BASCUÑÁN, Óscar: *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla La Mancha 1875-1923*. Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente, 2008; LUCEA, Víctor: *El pueblo en movimiento: la protesta social en Aragón (1885-1917)*. Zaragoza: PUZ, 2009.

múltiples cauces de politización que respiraban extramuros de los circuitos oficiales y conectaban con lo más íntimo de las vivencias ordinarias de los individuos. El divorcio entre los ritmos del Parlamento y la política popular era un secreto a voces. La práctica política de clubes y partidos tradicionales se reducía casi con régimen de exclusividad a la cooptación de personal, por lo que rara vez presentaban programas detallados de acción pública. En su lugar, sus proyectos no pasaban de ser apelaciones vagas o estridentes sobre el orden, la religión o la cercana revolución. Además, puesto que los republicanos en ocasiones se retraían ante las urnas en protesta por el fraude y las leyes electorales trataron de neutralizar la irrupción de nuevas fuerzas, las elecciones terminaron por convertirse en rituales de confirmación de las estructuras de poder de la ciudad¹⁸. Con todo ello, no era sencillo que los madrileños vieran las elecciones como la instancia en la que dirimir sus querencias ideológicas. Para ellos, tal vez, la política fuera un ejercicio más inmediato e informal. Una actividad que se ajustaba mejor a los retos que encaraban a diario como vecinos, inmigrantes, clientes, vendedores, trabajadores, consumidores, pequeños propietarios o inquilinos y que apenas encontraban eco en la crónica parlamentaria. Y tal vez precisamente por ello podían atribuir a los comicios significados diferentes a los que cabría esperar de los ciudadanos virtuosos y autónomos de la teoría política liberal. Puesto que el sistema había blindado el debate so pretexto de salvaguardar la estabilidad y los partidos tradicionales permanecían al margen de las demandas de los sectores más movilizados de la sociedad, no ha de sorprender que hubiera quienes leyeran la cita con las urnas conforme a estrategias distintas al canon prescrito por la normativa electoral.

Esto era más visible si cabe en el caso de las elecciones municipales, que habían de ser, según pregonaban los prohombres de la Restauración, votaciones personales y administrativas, mas no ideológicas¹⁹. A fin de cuentas, en Madrid la designación del alcalde era una prerrogativa regia que escapaba del control popular²⁰. Así, en algunos barrios de la ciudad marcados por una fuerte impronta comunitaria, el sufragio municipal pudo ser concebido como un medio para sancionar la costumbre, respaldar las jerarquías sociales o garantizar la integración colectiva. Bajo este prisma, en unas elecciones locales se ponían en juego más asuntos de los que se explicitaban, de manera que los votos podían estar cargados de significados distintos en unas y otras zonas de la ciudad. En las urnas no solo se dirimían las propuestas en disputa, sino también otras cuestiones ligadas a la consideración social, el liderazgo, los sentimientos de pertenencia o los compromisos entre caseros y porteros o maestros y aprendices. El acto de votar podía

18. Las elecciones como rituales de confirmación en LIPSET, Seymour Martin y ROKKAN, Stein: «Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales». En: BATLE, Albert (ed.): *Diez textos básicos de ciencia política*. Barcelona: Ariel, 1992, p. 234.

19. Incluso para alguien como Canalejas, administración local y política eran planos que jamás debían confundirse, *El Globo*, 11-12-1909.

20. En 1918 Luis Garrido Juaristi se convirtió en el primer alcalde elegido por los concejales.

tener, entonces, un valor cultural que escapara tanto del cálculo racional como de la determinación estructural —durante largo tiempo criterios favoritos de los sociólogos electorales— para convertirse en una *práctica social razonable* y acorde al *sentido común* naturalizado entre los miembros de una comunidad²¹. Como han recordado diferentes autores, una lectura de este calado exige observar el voto en su historicidad y no como parte de un esquema de evolución proyectado de manera retrospectiva desde nuestro presente²². Por ello tal vez haya que trascender el estudio de las formas legales, los resultados y las proclamas para observar los patrones culturales que subyacen a la lucha electoral²³.

Para entender los comportamientos políticos que no se ajustan a nuestros estándares debemos reflexionar sobre otras formas de participación en el gobierno de la ciudad que ya existían antes de la revolución liberal y en las que la población desempeñaba un papel activo, por mucho que esto no supusiera soberanía popular. Desde antaño, el gobierno de las sociedades urbanas estuvo asentado en un complejo entramado de alianzas barriales, solidaridades corporativas y obligaciones recíprocas que se construían de arriba abajo, pero también de abajo arriba. Estas redes funcionaban como un tapón contra la disidencia social y se activaban para reprimir las conductas que perturbaban la cotidianidad o que atentaban contra lo moralmente justo y equitativo. Sin ellas la estabilidad del poder se tambaleaba. Se trataba de hermandades, cofradías, cuadrillas juveniles, colegios profesionales, juntas caritativas, etc., que creaban y recreaban tejido social. Instituciones de sociabilidad ordinaria que podían servir de escuelas políticas o como fuente de fidelidades que luego se trasvasaban a lo político. Su fortaleza era soldada con la argamasa que producían figuras como el alcalde de barrio, el síndico gremial, el cura párroco, el médico o la familia extensa. La vida social quedaba apuntalada sobre un esquema de interdependencias personales que se accionaban en momentos de tensión o incertidumbre. Ocasiones en las que la gestión de lo común quedaba en entredicho. Y eso es lo que sucedía, según los esquemas de la *vieja política*, en las elecciones municipales de aquel Madrid de la Restauración²⁴.

21. BOURDIEU, Pierre: *Razones prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*. Barcelona: Anagrama, 1997 (1994), pp. 140 y ss.; GEERTZ, Clifford: *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós, 1994 (1983), pp. 93-116. Tomamos estas ideas para el estudio antropológico de la política de Román Miguel González, quien las utiliza, de modo diferente y por separado, para armar una interpretación discursiva del republicanismo decimonónico. MIGUEL GONZÁLEZ, Román: *La Pasión Revolucionaria. Culturas políticas revolucionarias y movilización popular en la España del siglo XIX*. Madrid: CEPC, 2007.

22. ROMANELLI, Raffaele: «Sistemas electorales y estructuras sociales. El siglo XIX europeo». En: FORNER, Salvador (coord.): *Democracia, elecciones y modernización en Europa. Siglos XIX-XX*. Madrid: Cátedra, 1997, pp. 23-46; ANNINO, Antonio: «El voto y el XIX desconocido», *Istor*, 17, 2004, pp. 43-59.

23. O'GORMAN, Frank: *Voters, Patrons and Parties. The Unreformed Electorate of Hanoverian England, 1734-1832*. Oxford: Oxford University Press, 1989.

24. GARRIOCH, David: *Neighbourhood and Community in Paris, 1740-1790*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986; MARIN, Brigitte: «Los alcaldes de barrio en Madrid y otras ciudades de España en el siglo XVIII: funciones de policía y territorialidades», *Antropología*, 94, 2012, pp. 19-31; PARÍS,

Así, determinadas figuras de la rutina electoral permiten mostrar cómo bajo la fachada de novedad impuesta por la representación popular y la lucha partidista podían seguir funcionando prácticas y relaciones de cuño tradicional que operaban en paralelo a las normas²⁵. En ese marco, los interventores desempeñaban un papel esencial a la hora de conectar las inquietudes de candidatos y gobernados y achicar el foso que separaba a las elites de las clases populares. Agentes políticos implicados en la campaña y en las mesas de votación, los interventores eran figuras intermedias en las que se apoyaban los balbucientes partidos con la finalidad de capitalizar su prestigio social en los barrios y convertirlo en papeletas en las urnas. Pero, contemplado desde otra perspectiva, no dejaban de ser personajes reclutados de entre las unidades mínimas de convivencia. Hombres que iban a trabar relaciones ascendentes y que, quizás, como premio a su trabajo, acabarían ocupándose de cometidos en la segunda fila de la administración municipal, donde podrían convertirse en fuente de recursos, servicios o favores. Representantes, en definitiva, de unas bases locales desde las que también se edificaba el gobierno de la ciudad y en las que la identidad laboral, las lealtades personales, los vínculos espirituales o las redes de voto se solapaban. Por eso, ni conservadores ni liberales podían prescindir de ellos, y en la medida en que su concurso podía decantar la balanza electoral, eran un arma de doble filo que presionaba a las autoridades desde los cimientos de la ciudad y garantizaba cierta agencia a las amalgamadas clases populares de los barrios históricos.

Aparentemente, un sistema de contraprestaciones de este calibre había de tener una temprana fecha de caducidad en una ciudad cada vez más abierta y discutidora. De hecho, con el nuevo siglo, el pueblo madrileño parecía haber recobrado el entusiasmo político y se dibujaba con trazos cada vez más firmes una nueva esfera de debate público avalada por el avance de la alfabetización, el auge de la cultura impresa y la circulación de nuevos discursos. En tales circunstancias aquellos comportamientos *primitivos* habían de ser pasto del pasado y así han parecido corroborarlo las lecturas más triunfalistas de la *modernidad política* como producto de la aceleración socioeconómica. Sin embargo, en el mismo Madrid en que las izquierdas ensayaron lenguajes y prácticas acordes con una cultura de masas, existían otros espacios en los que la informalidad de la costumbre parecía disfrutar de buena salud. Madrid había crecido hasta alcanzar los 600.000 habitantes y había sufrido una transformación tal que ya no podía ser pensado en singular como tampoco podía aceptarse que las ideas y formas de acción política encontraran la misma resonancia en toda la ciudad. En aquel Madrid de múltiples acentos y apellidos había hueco

Álvaro: *Se susurra en los barrios bajos. Policía, opinión y política popular en Madrid, 1825-1827*. Tesis doctoral. Madrid: UAM, 2015.

25. VERNON, James: *Politics and the People. A study in English Political Culture, c. 1815-1867*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993; GUIONNET, Christine: *L'apprentissage de la politique moderne. Les élections municipales sous la monarchie de Juillet*. París: L'Harmattan, 1997; ANNINO, Antonio: «El voto...», pp. 43-59.

para las manifestaciones multitudinarias y las últimas técnicas de propaganda, pero también había *espacios vacíos de modernidad política* donde los interventores eran la clave de bóveda de una cita ante las urnas y las personas utilizaban las instituciones de acuerdo a intereses esquivos a la lógica de partidos²⁶. Si en lugar de privar al mundo de ayer de su propia coherencia adoptamos una mirada cultural que resitúa las acciones en su contexto, veremos que ni había una única racionalidad ni todos los sujetos actuaban animados por los mismos cálculos. En verdad, lo viejo y lo nuevo convivían a la vuelta de la esquina y se cruzaban a diario en la ciudad. Quizás el futuro estuviera reservado a las masas y vedado a esa cultura de lazos primarios. Pero eso es algo que los agentes históricos desconocían. Cuando pensaron, sintieron y actuaron fue en su presente. Entonces algunos madrileños confirieron al voto un sentido estratégico que desaparece de la narración histórica cuando se contemplan las prácticas sociales como mera ejecución de las normas, los discursos o la posición económica y que quiere recuperarse en este texto observando la cultura en acción a partir de una serie de instantáneas parciales²⁷.

4. LOS ESPACIOS DE LA COSTUMBRE: TRASTIENDAS, RELLANOS, CORRALAS

Como cada día, la mañana del 12 de diciembre de 1909 Filomeno Cristóbal Cabrejas, dependiente de ultramarinos en el número 6 de la plaza de Dos de Mayo, abandonó temprano su camastro, presto a cumplir con sus obligaciones. Ya hacía tiempo que repetía la misma rutina. Se despertaba con el alba en la trastienda del negocio que regentaba su patrón, Eugenio Prieto Alonso; recogía el almacén con la ayuda de Gonzalo González, el otro hortera del comercio, y cuidaba que todo estuviera listo para el momento de apertura de la tienda. De cuando en cuando, Saturnina, la esposa de su maestro, aparecía para echarles una mano. Otras veces, como en los días de recibir pedidos, era Eugenio el que interrumpía sus labores con alguna tarea adicional y los cuatro, codo con codo, salían a las puertas del local aguardando la llegada de las provisiones esperadas. Filomeno se había acostumbrado a confraternizar con su jefe y su familia. No en vano, tras las estancias de venta, en las habitaciones contiguas al almacén en el que dormían los jóvenes dependientes, residían Eugenio, Saturnina y sus tres hijos pequeños. Para Filomeno, Saturnina era lo más parecido a una madre que tenía en Madrid. Ella preparaba su comida y lavaba su ropa. Y Eugenio, entre la severidad y la cercanía, era la mano paternal que le proporcionaba cobijo, trabajo y una modestísima paga de 200 pesetas anuales. El salario era tan ínfimo que Filomeno ni siquiera podía costearse

26. La idea de los espacios vacíos procede de Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA, quien la aplicó en el seno de la historia agraria para hablar de *espacios vacíos de capitalismo* en «Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de *Rebeldes primitivos* de Eric. J. Hobsbawm», *Historia Social*, 25, 1996, pp. 113-157.

27. GARCÍA INDA, Andrés: «La regla en la Teoría de la Práctica de Pierre Bourdieu», *Revista Acciones e Investigaciones Sociales*, 3, 1995, pp. 241-267.

vivir por su cuenta en alguna buhardilla o sotabanco barato. Como contrapartida, Eugenio le garantizaba otros servicios que el dinero contante y sonante no podía pagar: protección, hospedaje, seguridad. En su domicilio, Filomeno era una extensión más de su familia. Bromeaba con los chiquillos, se sentaba a comer a la mesa del patrón, era castigado cuando erraba en el cumplimiento de sus cometidos y era premiado cuando se ganaba la confianza de su mentor. Es lo que ocurrió cuando pasados unos años a su servicio, Eugenio comenzó a ver en Filomeno un posible discípulo y le dobló el salario de las 100 pesetas anuales iniciales hasta las 200. La vida de Filomeno en la tienda de ultramarinos de Dos de Mayo era un continuo en el que era difícil diferenciar las tareas estrictamente laborales de las relaciones familiares. Su existencia era un universo de deudas en el que el espacio para la autonomía personal estaba fuertemente restringido²⁸.

A sus 25 años Filomeno ya podía considerarse un madrileño más. Había alcanzado la mayoría de edad y por primera vez aparecía en el censo electoral²⁹. Lejos quedaba la campiña burgalesa desde la que emigró a la gran ciudad en 1901 sediento de oportunidades. Eugenio fue quien se las brindó y con ello creó entre ambos un vínculo de dependencia. Filomeno comenzó como mozo que repartía puerta por puerta los productos de la tienda de coloniales de Eugenio y eso le hizo estrechar lazos con sus vecinos. Más adelante, ante la buena marcha del negocio, su maestro contrató a Gonzalo González, un joven de 14 años y Filomeno se puso tras el mostrador. Era su consagración. Desde aquel puesto despachaba con abastecedores y clientes, ampliaba sus contactos y comprobaba cómo la relación con su patrón maduraba con el tiempo. Filomeno había pasado la prueba de fuego. Durante años había visto desfilar por los ultramarinos a otros jóvenes castellanos que no aguantaban ni un lustro al servicio de Eugenio. Tal vez por eso el patrón consideró que su pupilo estaba preparado para asumir atribuciones más importantes. Era hora de hacerle partícipe de sus inclinaciones políticas y de llevarle consigo a las reuniones del Círculo Conservador.

El ambiente político se había caldeado aquel otoño y a Eugenio le dolían las inectivas que algunos vecinos soltaban contra Maura cuando se reunían en la taberna de Joaquina Fernández, que compartía pared medianera con su negocio. El comerciante siempre había sentido el gusanillo de la política. En 1905, por ejemplo, respaldó con su firma diferentes candidaturas monárquicas por el distrito de Chamberí³⁰. Pero con los sucesos del último año su pasión política se había desatado delimitando nuevas fronteras. Ahora, republicanos y socialistas estaban decididos a verificar ante las urnas la buena salud que había exhibido en las calles su

28. Los datos biográficos que aparecen en el artículo en Archivo de Villa de Madrid (AVM), Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1900, 1905 y 1910. NIELFA, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985; PALLOL, Rubén: *El Ensanche Norte...*

29. AVM, Secretaría, 18-31-1.

30. AVM, Secretaría, 17-120-1.

balbuciente alianza³¹. A buen seguro que a Eugenio no le faltaron oportunidades para apreciar esa sintonía, pues su negocio, como tantos otros espacios de sociabilidad durante los años de la Restauración, era un lugar propicio para convertirse en ágora de conversaciones políticas para los vecinos que guardaban cola a la espera de ser atendidos. Tras tantos años al frente del ultramarinos, Eugenio conocía las filias y fobias de sus parroquianos. Mientras echaba cuentas o colocaba algún producto, había tenido innumerables ocasiones de ver la prensa que su clientela adquiría a los muchachos que voceaban los periódicos del día en la plaza de Dos de Mayo, justo antes de penetrar en su tienda. Luego, en el interior, la cercanía favorecía que se comentaran los titulares en voz alta y con tono despreocupado. Ciertamente, el comercio de Eugenio estaba enclavado en el corazón de la barriada y eso le ofrecía un mirador inmejorable para estar al tanto de las palpitaciones del vecindario. Por eso no le costó detectar que aquellos comicios municipales de diciembre de 1909 revestían más importancia que otros anteriores. El otoño había venido sembrado de movilizaciones y en la plaza y calles aledañas las emociones políticas se percibían a flor de piel. Eugenio también las experimentaba en carne propia y compartía sus inquietudes con un grupo de amigos del barrio.

TABLA 1. Personal político conservador en el barrio de Dos de Mayo

Interventor	Residencia	Profesión
Eugenio Prieto	Plaza de Dos de Mayo, 6	Patrón de ultramarinos donde reside
Filomeno Cristóbal	Plaza de Dos de Mayo, 6	Dependiente de ultramarinos donde reside
Francisco Bravo	Plaza de Dos de Mayo, 5	Propietario y militar
Ángel Calvo	Plaza de Dos de Mayo, 4	Encargado de despacho de leche y vaquería donde reside
Francisco Malato	Plaza de Dos de Mayo, 3	Abogado y empleado del Banco de España
Mariano Gallego	Plaza de Dos de Mayo, 3	Carpintero
Luis Huertas	Plaza de Dos de Mayo, 1	Sacristán de la Parroquia de los Santos Justo y Pastor
Julio Mendicuetta	Calle Divino Pastor, 5	Empleado del Monte de Piedad
Silverio Muñoz	Calle Divino Pastor, 21	Propietario de taller de carpintería donde reside
Esteban Rodríguez Muñoz	Calle San Andrés, 20	Estuquista
Carlos Pérez Orejón	Calle San Andrés, 20	Jornalero
Julían Pérez Orejón	Calle San Andrés, 20	Jornalero
Manuel Infante	Calle Palma, 2	Oficial de carpintería en taller familiar

Elaboración propia a partir del cruce de información relativa a la designación de interventores en las elecciones de diciembre de 1909, contenida en AVM, Secretaría, 18-27-1 con los datos sociodemográficos de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905 y 1910.

31. ROBLES EGEA, Antonio: «Formación de la conjunción republicano-socialista de 1909», *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 29, 1982, pp. 145-161.

Casi todos llevaban años involucrados en alguna faceta de la vida política del distrito de Chamberí, donde se integraba el vecindario de Dos de Mayo. Como Silverio Muñoz, un antiguo alcalde de barrio que se manejaba como pez en el agua en la gestión de las relaciones entre vecinos³². O como Francisco Malato, que encabezaba una saga de hermanos continuamente presente en la lucha electoral de las dos primeras décadas del siglo. Seguramente sus palabras terminaron por convencer a Eugenio de que había llegado el momento de comprometerse con sus ideales ahora que eran puestos en entredicho con mayor vehemencia. Sus amigos iban a hacer de interventores en favor de la candidatura maurista del conde de Arcentales, un gran propietario ennoblecido a finales de siglo que residía en la zona más rica del distrito, el barrio de Alfonso X. Aunque probablemente el conde no conociera a Eugenio o a sus compañeros, ellos sí le conocían a él, pues había alcanzado gran celebridad como senador, benefactor y presidente de la Asociación Matritense de Caridad³³. Su currículum era harto elocuente de los méritos que los conservadores exhibían ante sus vecinos, pues en un momento en que nuevas opciones políticas apostaban por acercarse a las preocupaciones cotidianas de la gente corriente desde la lucha social y la organización, los conservadores prometían filantropía y asistencialismo. Esas eran las razones de los mauristas de Chamberí en un contexto crítico en el que entraban en disputa maneras diferentes de gestionar el cambio social. Era hora de acción y Eugenio estaba decidido a comenzar su incursión en la política local acompañado. Por eso, cuando la tarde del 8 de diciembre el patrón de ultramarinos fue con sus compañeros al Círculo Conservador para recibir instrucciones de cara a la decisiva jornada electoral, llevó consigo a su fiel dependiente³⁴. Juntos trabajarían como agentes electorales. Durante la semana tratarían de recabar apoyos entre los vecinos propalando el mensaje de la candidatura y distribuyendo entre sus clientes el escaso material de propaganda elaborado por los notables que respaldaban a Arcentales. Y el domingo, día de la cita con las urnas, ejercerían de interventores en los colegios electorales³⁵.

No sabemos si Filomeno había acompañado con anterioridad a Eugenio a alguna charla política de los hombres de Maura o si su interés por las ideas conservadoras era ajeno a los consejos de su maestro y a la relación de deferencia-dependencia que mantenía con él. Tal vez Filomeno, encuadrado en uno de los sectores laborales menos combativos de las clases populares madrileñas, considerara inane la retórica sindical y viera en el lenguaje inocuo del conservadurismo la mejor garantía para el futuro que ambicionaba: reemplazar a su amo y convertirse

32. Los alcaldes de barrio cumplían cometidos de policía urbana, orden público, salubridad, socorros de pobres o empadronamiento. AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Reglamento para el servicio de los Alcaldes de barrio de Madrid*. Madrid: Imprenta Municipal, 1903.

33. *ABC*, 4 y 11-12-1909

34. *El Imparcial*, 5 y 9-12-1909.

35. *AVM*, Secretaría, 18-27-1.

en patrón³⁶. No nos es posible rescatar con fidelidad incontestable elementos de la psicología de ambos que nos pudieran inducir a creer que la comunidad de experiencias en la trastienda y el mostrador hubiera perfilado un horizonte mental compartido, un *habitus* en el sentido que Bourdieu dio al término³⁷. De igual manera, de acuerdo con Thompson, seguramente el paternalismo reinante en la tienda de coloniales fuera más diluido y conflictivo que indiscutido, de manera que la sumisión simulada de Filomeno también pudiera rendir réditos al propio dependiente en forma de recursos o proyección profesional³⁸. El material disponible en fuentes históricas posteriores así parece confirmarlo, pues la información contenida en diferentes anuncios de prensa y nombramientos oficiales muestra que en algún momento entre 1912 y 1913 el mancebo heredó de su mentor el negocio de ultramarinos³⁹. En el registro de habitantes de 1915 ya figuraba inscrito como industrial titular y en las fiestas de Chamberí de aquel año formó parte del selecto grupo de comerciantes organizadores⁴⁰. Al final, sus esfuerzos no fueron en vano y Filomeno se ganó la confianza de Eugenio. Cuando este decidió retirarse tras una vida dedicada a la expendeduría de comestibles, consideró que no tendría mejor sucesor que aquel mozo llegado de provincias al que había moldeado a su imagen y semejanza. Indudablemente, a lo largo de tantos años a su servicio, Filomeno tuvo que pasar tragos amargos a la sombra de su jefe y superar los momentos en que las ansias de emancipación le tentaban para abandonar su oficio como aprendiz. Pero nunca lo hizo. Fue precisamente esa fidelidad la que Eugenio pudo valorar en Filomeno y la que a la postre hizo al muchacho acreedor de una confianza labrada a fuego lento entre la intimidad y la familiaridad. Pues, ¿qué era aquel trabajo electoral mano a mano sino un ritual de paso, una prueba que medía la fortaleza de sus vínculos?

Las líneas anteriores se mueven en el terreno movedizo de la especulación, pero lo cierto es que tampoco resulta imprescindible descifrar hasta qué punto esas hipótesis se materializaron. Lo que se persigue al evocar su historia no es atenerse a un relato positivista personificado, sino recrear el marco de posibilidades de la cultura política a partir de lo que desvela un caso concreto. Es por eso que lo que se nos antoja más revelador del relato de Eugenio y Filomeno no es el decorado que aporta en términos descriptivos, sino los ingredientes que suministra para la interpretación del historiador. Lo que estimamos seductor del asunto, sin importar que pueda ser atípico, es su capacidad para desvelar el funcionamiento de una forma de entender las relaciones sociales que pese a encontrarse en franca

36. SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*. Madrid: Cinca-Fundación Largo Caballero, 2005.

37. BOURDIEU, Pierre: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 1998 (1979).

38. THOMPSON, Edward Palmer: *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica, 2000 (1991); SCOTT, James. C.: «Formas cotidianas de rebelión campesina», *Historia Social*, 28, 1997, pp. 13-39.

39. *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 29-8-1912; *El Socialista*, 7-4-1913.

40. *El Norte de Madrid*, 6-6-1915.

decadencia en el Madrid de principios de siglo xx aún podía conservar su peso en barrios populares del casco antiguo. Si el caso sirve para repensar el proceso de creación discursiva de las subjetividades políticas que presenta la historia política, no es menos cierto que ayuda notablemente a trascender los límites de una historia social que explica la identidad de los sujetos en función de su ocupación laboral. Si ensanchamos esa perspectiva para depositar la atención sobre el espacio social en el que se desenvuelven las relaciones, podemos advertir que la ocupación es muda y que, de por sí, ajena al medio en que tiene lugar, no prefigura ningún comportamiento como lógico o normal⁴¹. En cambio, cuando analizamos el tejido básico de la vida en común y la política en su grado cero, descubrimos que las fuentes que nutren la identidad de los sujetos y conforman el marco desde el que se interpretan los acontecimientos y se dota de significado a las acciones son sumamente complejas. En ese sentido, el episodio del patrón y el hortera nos sitúa en el sendero de una historia preocupada por las redes que los individuos tejen entre sí y el impacto que las vivencias y tensiones cotidianas asociadas al parentesco, el oficio o la vecindad pudo tener sobre la identidad política. No se trata de negar el consumo de discursos políticos, sino de enmarcar su lectura en unas condiciones socioculturales que suministran información valiosa acerca de las lentes con las que esos discursos eran recibidos. La política no era una dimensión asépticamente aislada del resto de la experiencia social ni el votante era el ciudadano autónomo y emancipado de todo contexto que perfilaron los catecismos electorales y en ocasiones parece adivinarse entre los historiadores políticos. Por eso creemos que el caso de Eugenio y Filomeno proporciona un dibujo alternativo de los contornos que podía adquirir la política en la Restauración, pues, tal y como fue concebida por sus arquitectos, no era sino una institución social más a través de la que sancionar un modelo de relaciones personales que retrocedía a marchas forzadas en un contexto de crisis urbana, quiebra de la organización social y colapso del régimen.

El barrio de Dos de Mayo era uno de esos ecosistemas donde la cultura de la costumbre y los lazos primarios se mantenía robusta: allí las estrategias personales, familiares, laborales y políticas podían confundirse, como en el caso de Eugenio y Filomeno. La mañana de los comicios, con las primeras luces, el mancebo y su patrón dejaron la vivienda y cruzaron la plaza que daba nombre al barrio, camino de los colegios electorales, para constituir las mesas de votación. Pronto salió a su encuentro el resto de amigos políticos que los conservadores tenían en la zona. En alguna esquina de la plaza, mientras trataban de vencer al frío, los interventores recibieron las últimas consignas. Los quehaceres eran sencillos. Al igual que en la trastienda, Filomeno tenía que cumplir con eficacia y diligencia las órdenes de su maestro, que concebía la jornada electoral como una genuina prolongación de

41. PRO, Juan: «Las élites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)», *Historia Social*, 21, 1995, pp. 47-69.

su trabajo en el bazar. Un capítulo más de las obligaciones que el joven dependiente había contraído con la familia que le daba cama, empleo y comida caliente.

El trabajo que le esperaba no variaba en exceso sus atribuciones cotidianas. Tenía que confraternizar y disertar con sus vecinos. Tenía que activar las simpatías y sacar partido del capital social que había acumulado como vendedor a domicilio y dependiente. Tenía que ver y hacerse ver con los colores de su candidato entre un público que le era familiar. Esta vez, en lugar de despacharles productos o admitir pagos a fiado, tendría que estar pendiente de repartir papeletas, acompañar a la mesa electoral a vecinos huidizos o fiscalizar el recuento. Es imposible conocer con certeza si, además, aquel día el crédito fluyó en dirección opuesta y Filomeno invirtió su rol de cobrador por el de comprador de votos. Lo cierto es que el dedo acusador de la prensa se cernió con dureza sobre las prácticas fraudulentas de los agentes electorales de Arcentales. Descendiendo al detalle, algunos rotativos hicieron especial hincapié en reprobar la labor realizada por los interventores del conde en las secciones de Dos de Mayo. Se rumoreaba que en las tabernas adyacentes a los colegios los agentes conservadores hacían «correr la pólvora» pagando a 20 pesetas el voto por su candidatura⁴², lo que era hasta ocho veces el salario que un jornalero percibía por su desempeño diario o se correspondía con el precio mensual de un alquiler barato en cualquiera de los edificios del vecindario. De ser real, la oferta podía resultar mareante para ese ejército de jornaleros que, si bien en Dos de Mayo no era tan numeroso como en otras partes del distrito, alcanzaba el 35% de los varones en edad de trabajar. Estos datos abren la espita para formular una interpretación alternativa de la corrupción electoral a partir del conocimiento de la realidad social. Tal vez el fraude no fuera únicamente ese traje a la medida de un pueblo ignorante que describieron algunos autores algo complacientes con la dinámica política de la Restauración, sino una oportunidad de la que se servían las clases populares para obtener recursos y completar su maltrecha economía familiar en un marco en el que los partidos del turno cada vez encontraban más dificultades para imponerse. A fin de cuentas, ¿por qué los jornaleros iban a rechazar una rápida ganancia cuando la promesa de un cambio sustantivo por la vía institucional resultaba tan incierta? ¿Acaso no era ese un comportamiento acorde a su forma de vida presidida por la inmediatez y la irregularidad en el salario?⁴³.

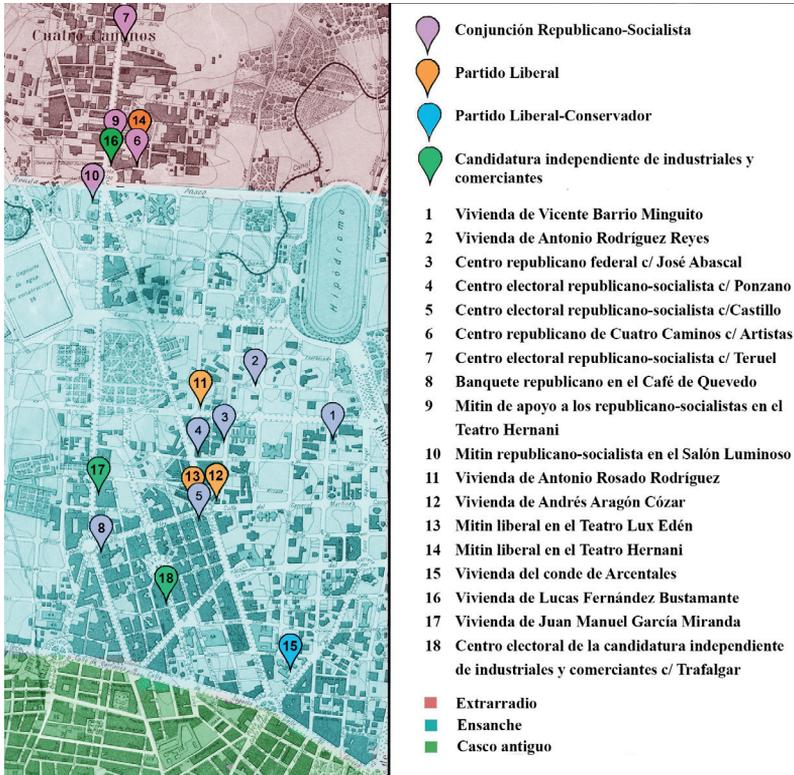
Fueran fundadas o no las acusaciones, resulta innegable la trascendencia de la misión que llevaban a cabo los interventores en estos barrios donde apenas había prácticas de masas y las tareas de movilización eran parcas incluso entre los partidos de izquierda. En toda la campaña, la prensa no consignó acto alguno en sus calles o establecimientos. Lo primordial en Dos de Mayo no era llamar la atención en el espacio público ni congregar masas anónimas ante un elenco de oradores en

42. *El País*, 13-12-1909; *El Imparcial*, 13-12-1909. Las sospechas sobre Arcentales venían de tiempo atrás: *ABC*, 7-4-1907, 10-12-1909.

43. El cambio de paradigma para abordar la lucha política desde abajo procede fundamentalmente de la historia de la movilización en el medio agrario. Véase nota 17.

un teatro, sino saber dar con la tecla que accionara unas relaciones de familiaridad fraguadas en espacios privados o semipúblicos como la trastienda de ultramarinos de Eugenio o como los rellanos de esos edificios tan típicos del barrio en que convivían las diferentes clases sociales, cada una en su sitio. Las rutinas de funcionamiento político hacían que lo personal tuviera una importancia fundamental. En el distrito de Chamberí, donde se integraba el barrio de Dos de Mayo, la mirada de los diferentes contendientes estuvo depositada en las zonas de ensanche y extrarradio, donde a la par que se inventaba el nuevo Madrid se configuraban formas alternativas de intervenir en política. Allí es donde se ventilaría el resultado de los comicios. Para el casco antiguo parecía quedar reservada una política de alcoba y botica, de lecturas de prensa en los ultramarinos o la corrala, de conocimiento mutuo y deudas personales en las que los interventores, como nodos que conectaban a los líderes con la gente corriente, desarrollaban una actuación capital.

MAPA 3. Espacios de actividad política en el distrito de Chamberí, 1909



Elaboración propia a partir del plano de Madrid de Núñez Granés de 1910, prensa y AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905 y 1910. Las viviendas que figuran en el mapa son las de los candidatos de cada partido.

Los conservadores lo tenían claro. Apenas habían invertido esfuerzos en movilizar a sus conciudadanos. Ni en las callejas de la ciudad tradicional, ni en el ensanche, ni en el suburbio proletario de los Cuatro Caminos. En todo el distrito siguieron una estrategia idéntica que parecía condenada al fracaso, pues trataron de paliar su nula presencia en la vía pública fiando todas sus opciones a la activación de resortes clientelares. La campaña diseñada por Arcentales era suficientemente elocuente de la distancia no ya ideológica o social, sino práctica, que mediaba entre las corrientes. Si hacemos caso al cuadro que esboza la prensa, los conservadores renunciaron a cualquier procedimiento «moderno» y se limitaron a reunir a sus interventores y a distribuir por las viviendas una circular que se convirtió en blanco de las sornas de sus adversarios. La misiva era una auténtica carta de presentación de la concepción antropológica de los conservadores: «Ciudadanos, votad al padre de los pobres, que es don Luis del Arco Vizmanos [conde de Arcentales], pues siempre es el paño que seca las lágrimas en todos los hogares necesitados. No hay más que mirar una cosa, su caballerosidad en todos sus actos y estaréis convencidos». Junto a la carta, el candidato hizo correr por el distrito papeletas falsas en las que su nombre se colaba entre los de la candidatura republicano-socialista⁴⁴. Desconcertados ante la fugacidad de los cambios que tenían lugar en Madrid, los conservadores aún confiaban en la vigencia de una organización social que se hallaba vivamente laminada en el ensanche y roída por completo en el extrarradio. En aquellos lugares se estaba produciendo un proceso de emancipación de las costumbres políticas que parecía no tener vuelta de hoja. Allí la política se alejaba de los condicionantes inmediatos y nuevos sistemas de relación y circulación de información parecían autorizar creencias y estilos de vida que rompían el cerco de lo heredado y bosquejaban amagos de fractura. La inmigración, el crecimiento demográfico o el desbordamiento de los planes urbanísticos estaban quebrantando los lazos primarios que hacían de la movilización electoral algo estrictamente personal y controlado. Sin duda, en una incipiente sociedad de masas la aritmética no jugaba del lado de la política de la costumbre⁴⁵.

Sin embargo, en Dos de Mayo todavía conservaban cierta inercia algunas rutinas sociales de tinte decimonónico automatizadas por sus habitantes. Los vecinos conservadores lo sabían y jugaron bien sus cartas. Puesto que no se manejaban con soltura en los registros de la política de masas o no creían en ella⁴⁶ y habida cuenta de que esta no parecía tan poderosa en Dos de Mayo, los amigos de Arcentales congregaron todos sus esfuerzos en presentar un elenco de

44. *El Liberal*, 12-12-1909.

45. Para esta interpretación tomamos en consideración la descripción de las formas de vida urbanas que hicieron algunos de los primeros sociólogos como Simmel o los miembros de la Escuela de Chicago. ULLÁN DE LA ROSA, FRANCISCO JAVIER: *Sociología urbana: de Marx y Engels a las escuelas posmodernas*. Madrid: CIS, 2014.

46. Un periódico conservador como *ABC* mostró durante toda la campaña una actitud de rechazo ante la agitación electoral. Por ejemplo: 30-11-1909.

interventores capaz de arrastrar consigo la voluntad del caserío. En primer lugar, el aristócrata se movió bien para conseguir más interventores que nadie, pues llegó a nombrar a tres por cada sección electoral, cuando sus rivales tan solo designaron a uno por mesa⁴⁷. En segundo lugar, un vistazo al historial electoral reciente de la zona bastaba para comprobar que un trabajo coordinado de los interventores podía ser la mejor garantía de éxito para sus candidatos. Cuatro años atrás, por ejemplo, los hombres de Juan Rincón, un prestigioso abogado conservador que llevaba décadas residiendo en el barrio y que se había movido en diferentes eslabones de la política municipal, consiguieron para su jefe de filas una victoria desmedida allí donde llegaba la llama de su influencia personal. Mientras que en todo el distrito el apoyo a Rincón se movió en una horquilla de voto del 5-15%, en los colegios de Dos de Mayo llegó a superar el 50% de los sufragios, despertando sospechas justificadas e indignación por doquier⁴⁸. Arcentales parecía haber tomado buena nota de ello, puesto que incluyó en su nómina de apoderados a algunos de los agentes que habían trabajado años atrás en beneficio de Rincón, como Manuel Infante o Mariano Gallego⁴⁹. Manuel representaba la segunda generación de una saga de carpinteros con taller abierto en la calle Palma desde mucho tiempo atrás. Los negocios habían ido bien para la familia. Manuel, único hijo varón, aún trabajaba como oficial a la sombra de su padre, ya octogenario en 1909, y a buen seguro que su veteranía le había permitido alzarse como una voz respetada entre los comerciantes de la barriada. Mariano, por su parte, aunque conocía los rudimentos del oficio de la madera desempeñaba su profesión empleándose estacionalmente en alguno de los talleres de la zona o integrándose en cuadrillas de obreros que trabajaban en las obras de construcción del ensanche. Si eso le pudo hacer coincidir en los mismos circuitos que frecuentaban Silverio Muñoz o el propio Manuel Infante, también conocía a otros notables del vecindario, pues llevaba años cruzándose con ellos en las escaleras del edificio de plaza de Dos de Mayo 3, donde tenía su domicilio. Se trataba de Manuel Rúa, alcalde de barrio desde 1901, y de los cinco hermanos Malato Juste, que habitaban en las viviendas principales del inmueble. Pero mientras ellos residían en hogares espaciosos que rondaban las 60 pesetas mensuales, Mariano lo hacía en un modesto cuarto piso por el que pagaba 20 pesetas al mes.

47. AVM, Secretaría, 18-27-1. Pese a que en las actas electorales aparecen talones expedidos por Arcentales para tres interventores, el artículo 38 de la normativa electoral limitaba su máximo a dos. *Ley Electoral para Diputados a Cortes y Concejales de 8 de agosto de 1907*. Madrid: Imprenta Municipal, 1909.

48. Resultados y sospechas en AVM, Secretaría, 17-120-1.

49. AVM, Secretaría, 17-120-1, 18-27-1.

TABLA 2. Resultados de las elecciones municipales de 1909
 en el barrio de Dos de Mayo

Candidato	Adscripción política	DOS DE MAYO		DISTRITO	
		Votantes	%	Votantes	%
Dio Amando Valdivieso	Conjunción (Federal)	502	37,60	3.432	42,01
Vicente Barrio	Conjunción (PSOE)	485	36,33	3.388	41,47
Antonio Rodríguez Reyes	Conjunción (Unión Republicana)	453	33,93	3.133	38,35
Andrés Aragón	Liberal	471	35,28	2.445	29,93
Antonio Rosado	Liberal	447	33,48	2.351	28,78
Emilio Neira	Liberal	412	30,86	1.876	22,96
Conde de Arcentales	Conservador	334	25,02	1.582	19,37

Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 18-26-1. Sobre fondo gris, candidatos electos. De un total de 26 secciones que componían el distrito de Chamberí, el barrio de Dos de Mayo comprendía las secciones 1, 2, 5 y 26.

A juzgar por el desenlace, la estrategia no salió del todo mal para los intereses de Arcentales. Es cierto que el conde no logró su objetivo de entrar en el consistorio, pero en un momento en que las listas conservadoras naufragaban por toda la ciudad, los mauristas de Dos de Mayo aguantaron el envite. Aunque en Chamberí se escogían cinco concejales, cada vecino estaba llamado a marcar un máximo de tres candidatos y el 25% de los votantes del barrio apostó por incluir al aspirante conservador en su nómina. Incluso, en algunas mesas electorales del vecindario como la 1 o la 26 el votó rondó el 30%. Los conservadores de Chamberí únicamente mejoraron aquellos resultados en el lujoso barrio de Alfonso X, donde el candidato tenía su espacio social de referencia y el capital simbólico de la aristocracia permanecía incólume. Pero, dejando a un lado esa excepción, el panorama en el distrito era desolador, con tasas de apoyo que bajaban del 10% en el suburbio obrero de los Cuatro Caminos.

En cualquier caso, el análisis de los votos tiene un atractivo menor para nuestros objetivos, pues no hay una intención de trazar regularidades o de buscar causas pretendidamente objetivas que expliquen el resultado. Al contrario, desde un paradigma de la comprensión nos resulta más relevante lo que las formas de movilización desplegadas en el barrio permiten descubrir acerca de la cultura política imperante en el lugar y del tipo de articulación social que en él prevalecía dificultando el desarrollo de repertorios de acción más formales, partidistas o sofisticados. Lo que se ha buscado mostrar, tirando del *bilo de Ariadna* de un caso que parecía tener valor exiguo, es que incluso los datos teóricamente fríos de las actas electorales y la estadística constituyen un material interpretable en manos del historiador.

La designación de los interventores era un asunto cardinal en las elecciones de la Restauración. Por ello los conservadores consagraron su actividad al nombramiento de personas que despuntaran por su prestigio, su arraigo, su respetabilidad

o sus amistades antes que por sus convicciones políticas⁵⁰. Los escogidos fueron vecinos de larga duración que trabajaban, daban empleo o tenían sus propiedades inmuebles en un barrio que se singularizaba por el equilibrio entre las distintas figuras sociales.

TABLA 3. Clasificación sociolaboral de la población activa del barrio de Dos de Mayo

CATEGORÍAS PROFESIONALES	DOS DE MAYO		DISTRITO	
	V	M	V	M
Profesionales, técnicos y trabajadores similares	10,6%	16,6%	5,4%	6,5%
Trabajadores administrativos y de gestión	1,7%	0,7%	0,8%	0,8%
Trabajadores de oficina, funcionarios y similares	13,3%	0,2%	8,8%	0,4%
Trabajadores de ventas	8,1%	3,7%	7,7%	3,2%
Trabajadores del servicio	10,6%	66,1%	9,6%	72,3%
Trabajadores agropecuarios, forestales, cazadores y pescadores	0,6%	0%	1%	0,4%
Trabajadores de la producción, transporte y jornaleros	55%	12,6%	66,8%	16,3%
TOTAL	100%	100%	100%	100%
Jornaleros sobre el total de trabajadores	35,2%	2,6%	45%	6%

Población mayor de 14 años integrada en el mercado de trabajo. Elaboración propia a partir de AVM, Estadística, Padrón Municipal de Habitantes de 1905⁵¹.

Los conservadores parecieron tomar en consideración aquella realidad social, pues diseñaron un plantel de interventores a la medida de la mixtura que componía el barrio. Primero, si se trataba de sintonizar con los sentimientos compartidos entre los vecinos, quizás pocas figuras fueran tan apropiadas como el sacristán de la parroquia al que alzaron como interventor. A su vez, eran muchas las identidades sociales existentes en el barrio. Así, los conservadores quisieron acercarse al universo de los pequeños comerciantes presentando a un hortera y su patrón que evidenciaban la importancia de las redes de encaje de los jóvenes inmigrantes en la ciudad y mostraban los últimos coletazos de un modelo de solidaridad laboral en que las atribuciones domésticas y profesionales se confundían tanto como la tienda y el domicilio. De puertas afuera, la relación familiar que los pequeños vendedores de barrio establecían con la clientela constituía la metáfora perfecta de las redes personales que tan caras resultaban al sistema. Por otra parte, en un

50. Estas eran las cualidades que la prensa adepta valoraba entre los candidatos. *La Época*, 1 y 8-12-1909.

51. Utilizamos las categorías de análisis de HISCO (Historical International Standard Classification of Occupations). VAN LEEUWEN, Marco H. D.; MAAS, Ineke y MILES, Andrew: *HISCO. Historical International Standard Classification of Occupations*. Leuven: Leuven University Press, 2002; PALLOL, Rubén; DE MIGUEL, Santiago y DÍAZ, Luis: «HISCO en Madrid. Una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado», *Revista de Demografía Histórica*, xxxii, 2014.

momento en que las formas de organización laboral propias del mundo de los oficios se encontraban en franco retroceso por toda la ciudad, los datos de empadronamiento muestran que en Dos de Mayo aún había un grupo muy significativo de trabajadores manuales que no había caído en la condición jornalera y se desempeñaba en talleres y obradores de tinte familiar. Los conservadores trataron de conectar con su horizonte de referencias aupando entre sus interventores a un maestro como Silverio Muñoz, un oficial como Manuel Infante y un carpintero raso como Mariano Gallego. No obstante, el número de jornaleros eventuales en Dos de Mayo no era nada desdeñable y alcanzaba a un tercio de los hombres mayores de 14 años. La mayoría de ellos habitaba en bajos, cuartos pisos o en algunas corralas que había en el barrio. Aquellas casas de vecindad, más bien auténticas colmenas, eran la puerta de entrada a la pobreza y la miseria. Seguramente por eso los conservadores escogieron entre sus interventores a Esteban Rodríguez y Julián y Carlos Pérez Orejón: un estuquista y sus sobrinos jornaleros. Ellos podrían recomendar el voto a las cuadrillas de albañiles de las obras del ensanche o a los inquilinos del corralón de San Andrés 20 donde residían desde hacía más de una década. Allí no eran un número más sin rostro. En el interior de la corrala todos se conocían y más en el caso de una familia extensa que aparecía repartida en diferentes viviendas y era encabezada por la vieja portera del inmueble.

Por último, en Dos de Mayo también eran cuantiosos los militares, profesionales liberales, empleados de oficina y funcionarios. Junto con los comerciantes más prósperos, ellos eran los mayores contribuyentes, los que declaraban salarios más altos y pagaban alquileres más caros o quienes se podían permitir tener a una criada a su servicio. Era el caso de Julio Mendicueta, alto empleado de una entidad de empeño de bienes para unas clases populares a las que los conservadores observaban desde la caridad y la condescendencia. Pero, sobre todo, es lo que sucedía con Francisco Bravo y Francisco Malato, a cuyo alrededor bien podía circular la red de amistades de los monárquicos de la zona. Se trataba de dos individuos bien arropados, con diferentes familiares habitando en las mejores viviendas de la plaza de Dos de Mayo y con perfiles socioeconómicos y residenciales que nos invitan a pensar en ellos como notables del vecindario. En cierto modo, parecían una reminiscencia del ideal del elector del período censitario. Ninguno de ellos era virgen políticamente. Bravo era propietario, militar y hermano del presidente de mesa de la primera sección electoral; Nicolás, un médico reputado⁵². Por su parte, Malato era abogado y empleado del Banco de España y estaba emparentado con la familia de mayores rentas del barrio, los Noria. Todos ellos, los Bravo y los Malato, habían participado de un modo u otro en favor de los liberales en anteriores elecciones⁵³, por lo que tal vez la historia de su periplo político sirva para exponer que no había tanta distancia entre los partidos del turno o ayude a poner en entredicho los análisis con que la historiografía presenta a los agentes históricos como

52. AVM, Secretaría, 18-29-1.

53. AVM, Secretaría, 17-120-1.

estrictamente ideológicos y movidos por principios y discursos acabados. Quizás aquellas diferencias no fueran tan importantes para aquellos que aspiraban a ser mediadores sociales entre el pueblo y los líderes como Arcentales. Para unos notables de barrio, el título nobiliario del conde podía convertirse en el pasaporte que los catapultara a la red de negocios, concesiones y favores de la elite de la ciudad.

Los agentes conservadores eran personas que desempeñaban un rol fundamental en la reproducción y sostenimiento material de la comunidad, de manera que el perfil concreto de cada uno de ellos quedaba subsumido en un retrato colectivo mucho más aceptable para un liberalismo conservador que desconfiaba sobremedida del individuo autónomo. Frente a la ausencia de anclajes sociales que traían consigo la inmigración, la alta movilidad residencial o el anonimato de una gran ciudad, otras instancias como la vecindad, la actividad económica, la propiedad, la religión o la familia arraigaban a los individuos y atenuaban los efectos más perniciosos de la descomposición social. Tal vez el propio mapa electoral de Madrid, dividido en diez pequeños distritos plurinominales, fuera un intento de fijar a representantes y representados en el territorio inmediato y así arropar con certezas e intereses la temible desnudez del individuo abstracto. O acaso simplemente fuera un modo de reconducir la lucha ideológica hacia el ámbito de las relaciones entre vecinos. Fuera como fuera, lo cierto es que durante el XIX incluso las versiones más avanzadas del liberalismo habían ensayado una asociación entre el elector y el ciudadano vinculado a la comunidad por medio del oficio, el domicilio o los lazos familiares, por lo que no ha de sorprender que para los conservadores de Chamberí la representación política estuviera ligada a la integración social y la cercanía de experiencias. En ese sentido, en una cultura política en que el voto parecía más una función social y familiar que un derecho individual, seguramente la participación de la mujer no se redujera al triste estatus al que le relegaban las normas, sino que tomara partido y cumpliera un papel esencial como correa de transmisión de las relaciones sociales en los espacios de la vida cotidiana como el mercado, los ultramarinos, la salida de misa o el patio de la casa, como en el caso de Marta Orejón Alonso, la portera de la corrala de San Andrés cuyos hijos y cuñado figuraban entre los interventores conservadores⁵⁴. Historiadores de la cultura electoral como Frank O’Gorman han mostrado que en circunstancias en las que el voto tenía un componente semipúblico⁵⁵ los miembros de la comunidad excluidos del sufragio desempeñaban un papel activo tanto en la recepción y difusión de los mensajes como en la presión o en la escenificación de las diferencias políticas, por lo que quizás los interventores podían ser la punta de lanza o la huella más visible

54. Las ideas expresadas en el párrafo surgen de un diálogo con lo expuesto en SIERRA, María; PEÑA, María Antonia; ZURITA, Rafael: *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*. Madrid: Marcial Pons, 2010, pp. 351-374.

55. A la altura de 1909 no se habían instaurado ni los sobres ni las cabinas, las candidaturas se voceaban y repartían a la puerta de los colegios por los agentes de los partidos, el recuento en ocasiones era público y se apuntaban los nombres de los vecinos que no acudían a votar.

de prácticas más multitudinarias que incluían a las mujeres y que no han dejado registro en las fuentes⁵⁶.

En una concepción del voto que conjugaba prácticas ciudadanas y comunitarias, el inmigrante reciente era el reverso del vecino asentado. Por ello resulta significativo el balance que arroja la reconstrucción de las vivencias de los trece interventores conservadores. Por una parte, el 46% de los mismos eran madrileños, lo que suponía una distancia considerable con el 29% de nacidos en Madrid que había entre los cabezas de familia de Dos de Mayo. Por otra, respecto a los interventores inmigrantes, es interesante prestar atención al tiempo que llevaban habiendo en la ciudad a fin de obtener un retrato más preciso del capital simbólico y ascendencia que tenían sobre la comunidad. En el caso de los siete interventores de Arcentales nacidos fuera de Madrid, el tiempo medio de residencia era de 24,5 años frente a los 19,1 del total de cabezas de familia inmigrantes en Dos de Mayo. Estos datos nos deben hacer reflexionar sobre la oposición entre locales y forasteros en los estándares políticos del liberalismo. ¿Hasta qué punto las normas de representación buscaban neutralizar el desborde social que suponía la anegación de los antiguos habitantes por los inmigrantes? ¿Limitaba la legislación electoral la universalización de los derechos políticos en defensa de una idea localista de comunidad política? Ya en su primer artículo la ley de 1907 excluía del censo electoral a aquellos que llevaran menos de dos años residiendo en el municipio, lo que tomando los datos de empadronamiento de 1905 como una foto fija suponía privar del sufragio al 6,7% de los varones mayores de edad en Dos de Mayo. Por otro lado, las propias categorías que manejaba la estadística municipal para registrar a los habitantes (vecino, domiciliado o transeúnte) sugieren la existencia de un ideal de ciudadanía atravesado por diferencias cualitativas en función del arraigo social⁵⁷.

En un marco como ese los interventores conservadores constituían un testimonio palpable de la pervivencia de lo que David Garrioch ha denominado «ciudad corporativa»⁵⁸. Algunos de ellos representaban figuras sociales llamadas a desaparecer en el nuevo paisaje laboral madrileño, como el vaquero, o encarnaban pautas culturales declinantes, como la coresidencia entre maestros y aprendices, que en el terreno político se manifestaba en una lacerante invasión de la esfera pública por el espacio privado. Pero aunque para el conjunto de la ciudad probablemente simbolizaran un universo sociocultural que se desvanecía, la mayoría de los interventores eran auténticos baluartes dentro de las relaciones sociales del

56. O'GORMAN, Frank: «Campaign, Rituals and Ceremonies. The Social Meaning of Elections in England, 1780-1860», *Past and Present*, 135, 1992, pp. 79-115. La mujer y la familia en las elecciones en VERJUS, Anne: *Les femmes, épouses et mères de citoyens. De la famille comme catégorie politique dans la construction de la citoyenneté (1789-1848)*. Science Politique, EHESS, 1997.

57. LEVITAN, Kathrin: *A Cultural History of the British Census. Envisioning the Multitude in the Nineteenth Century*. Nueva York: Palgrave MacMillan, 2011.

58. GARRIOCH, David: *The Making of Revolutionary Paris*. Berkeley-Los Ángeles-Londres: University of California Press, 2002.

barrio de Dos de Mayo. La red configurada por el personal conservador era amplia y basculaba en torno a la plaza central del vecindario. En bastantes casos tenía el soporte de familias extensas y, sin duda, presentaba anclajes más sólidos que los habituales entre el vecindario. En una comunidad donde lo ordinario no era tanto la persistencia como la movilidad, quienes cargaban con la responsabilidad de hacer triunfar al candidato conservador aparecían como elementos indispensables para el funcionamiento de un orden social que poco a poco les estaba devorando.

Eran centinelas del mundo de ayer y tenían motivos para sentirse agraviados por las transformaciones en ciernes. Luis Huertas, el sacristán de la parroquia de los Santos Justo y Pastor, podía sentirse particularmente molesto con el clima de autonomía y secularización que parecía abrirse en la ciudad. Para colmo, las protestas contra la Semana Trágica de Barcelona habían puesto en el disparadero de la opinión pública el peliagudo asunto de la influencia clerical en la política española, lo que había cargado de municiones el tradicional anticlericalismo que republicanos y socialistas exhibían cada vez más impudicamente. Junto a la Iglesia y la Corona, el Ejército era la otra institución que estaba recibiendo las iras de la prensa progresista y a buen seguro que semejante afrenta constituía una poderosa razón para que Francisco Bravo acudiera a prestar gustoso su ayuda a la candidatura conservadora. En el plano más local las amenazas de la vida moderna se percibían de otro modo. Para Silverio Muñoz, el carpintero que había sido alcalde de barrio, el crecimiento desordenado de la ciudad y la aparición de suburbios obreros atestados de inmigrantes socavaban las tradicionales atribuciones de control del tránsito y regulación de las relaciones sociales que habían tenido estas autoridades. Si la extensión de las preocupaciones higienistas ponía en entredicho la economía de la costumbre que representaba la vaquería de Ángel Calvo, Eugenio Prieto, por su parte, sentía cómo el avance de la industrialización consolidaba lentamente pero sin descanso un escenario poco favorable para sus intereses comerciales. El pequeño negocio en el que los precios se regateaban y los modestos beneficios apenas alcanzaban para la subsistencia del tendero y las personas a su cargo, tenía un negro futuro ante el progreso de la producción en masa y el nacimiento de la publicidad comercial pero también ante la venta ambulante y el descontrol de la gran ciudad⁵⁹. Los riesgos para Eugenio no acababan ahí. Pese a que la Ley de Descanso Dominical de 1904 había sido aprobada por un gobierno de Maura, en ocasiones en el imaginario colectivo aparecía como una licencia del político mallorquín ante las presiones del incipiente socialismo español⁶⁰. En ese sentido, el patrón tenía argumentos elocuentes para oponerse a las promesas de reforma social que proponían los partidos de izquierda. Mientras Filomeno viviera

59. RODRÍGUEZ, Nuria: *La capital de un sueño. Madrid en el primer tercio del siglo xx*. Madrid: CEPC, 2015.

60. No es infrecuente encontrar esas menciones en prensa. Incluso entre la prensa republicana, que advierte de los recelos que generaba entre los pequeños patronos republicanos la alianza con los socialistas, pues a ellos achacaban el nacimiento de la normativa del descanso dominical.

interno bajo sus órdenes, en su casa y en su negocio él sería la autoridad y no estaba dispuesto a hacer concesiones al respecto. Aquel lenguaje de los derechos que prometía poner coto a las arbitrariedades minaba sus potestades y atentaba contra la jerarquía paternal con que trataba a sus aprendices. Que aquellas proclamas encontraran cada vez más audiencia entre los trabajadores solo podía ser un drama que más temprano que tarde terminaría por acarrearle problemas. En su visión del mundo, que compartían también muchos de los miembros de las sociedades de dependientes, patronos y horteras estaban en un mismo barco y la defensa de los intereses de uno implicaba la defensa de los intereses de ambos⁶¹.

La transformación urbana, la expansión del mercado, la intromisión del Estado con leyes de carácter nacional o la formalización de partidos políticos que aspiraban a revisar el contrato social y apelaban a sujetos generales como la nación, la clase o la ciudadanía no eran sino diferentes caras de un mismo monstruo que amenazaba con disolver la amalgama de deudas y normas consuetudinarias que regía el vecindario. En un instante en que lo comunitario exhalaba su último aliento y el programa de *democracia social* de los republicano-socialistas parecía poner el estoque final a ese horizonte de referencias, el conservadurismo se alzó como una bandera atractiva no solo para comerciantes o militares, sino también para estuquistas, carpinteros o dependientes que miraban con incertidumbre el mundo que se abría ante sus ojos. Más allá de las enunciaciones ideológicas de una campaña marcada por la resaca de la Semana Trágica, en aquellas elecciones subyacía un conflicto a gran escala por la organización de una sociedad sujeta a incesantes cambios. Sobre la mesa quedaban cuestiones como el papel llamado a desempeñar por el Ayuntamiento; la relación entre autóctonos y forasteros en una ciudad de inmigrantes; el mantenimiento de las relaciones económicas informales ante la progresiva creación de un mercado estructurado; el rol que habían de tener los mediadores sociales entre las clases populares y las elites; la definición de la condición ciudadana o la naturaleza de la participación y representación políticas. En última instancia, lo que estaba en juego era la subsistencia de una cultura de trato particularizado frente a la gestión homogénea de la agregación informe de individuos que componía la gran ciudad: costumbre, lazos directos y líderes naturales frente a masas, anonimato y representantes públicos⁶².

Eugenio y sus amigos vivían en un cosmos refractario al cambio social. Por eso, en una ciudad que empezaba a regirse por el anonimato y la multiplicación de las esferas de relación, esgrimieron como valor la herencia y la familiaridad. Pero la naturaleza de la acción política que desarrollaron no era solo consecuencia de las razones personales que cada uno de ellos pudiera tener para desconfiar de las transformaciones ni de los temores que la prensa hubiera podido alimentar sobre

61. NIELFA, Gloria: *Los sectores mercantiles...*

62. EWEN, Shane: «Governing Cities». En: *What is Urban...*

los adversarios⁶³. Dados los ribetes corporativos y semipúblicos del voto, había de haber otras *acciones sociales* ajenas al cálculo de costes y beneficios que reposaran en la costumbre y en la reproducción de las rutinas cotidianas⁶⁴. En ese sentido, las prácticas que los interventores conservadores llevaron a cabo seguramente fueran comprensibles porque el paisaje social en el que se inscribían invitaba a ello. La estructura de su mercado laboral, los códigos culturales naturalizados entre los vecinos y el modo en que se organizaba la articulación de la comunidad hacían congruentes aquellos hábitos políticos. Por ello, lo que nos interesaba no era tanto constatar con fines de comprobación la casi inexistente movilización de masas entre los conservadores como destacar la importancia que las formas de relación primarias e inmediatas tuvieron a la hora de configurar una cultura política que con usos particulares y declinaciones singulares fue transversal a otras corrientes políticas que operaban en Dos de Mayo. Ni liberales ni republicano-socialistas realizaron en el barrio del casco antiguo tareas de movilización parejas a las que llevaron a cabo en el ensanche y extrarradio del distrito y con su actitud parecieron validar la hegemonía que en Dos de Mayo disfrutaba la cultura de filiaciones naturales, deudas mutuas y conocimiento personal.

Aun con todo, no pretendemos trazar ningún tipo de determinación espacial que prescribiera comportamientos normativos. Sabemos que en otros lugares del centro de la ciudad sí que existió una movilización de masas más intensa. Lo que esto ilustra es que en un contexto tan heterogéneo como el de Chamberí, que integraba áreas pertenecientes a los tres anillos que configuraban la ciudad, los incipientes partidos tenían que racionar sus esfuerzos y, significativamente, todos prefirieron concentrarlos fuera del casco antiguo. Y no porque despreciaran a la población residente en Dos de Mayo, sino porque tal vez fueran conscientes de que en sus calles aún funcionaban hábitos y formas de relación que podían proporcionarles los réditos que el activismo y la organización política les suministraban en las nuevas zonas de la ciudad. Por una parte, las altas tasas de alfabetización de Dos de Mayo pueden sugerir la idea de que en sus calles la prensa fuera el vehículo privilegiado de difusión de ideas y no fuera tan perentorio abrir centros electorales o afanarse en organizar actos públicos que permitieran entrar en contacto con la masa que no sabía ni leer ni escribir y no se había socializado en las redes de voto de los partidos tradicionales. Por otra, las relaciones primarias en el espacio social inmediato también parecieron ser fundamentales en la práctica política de liberales y republicano-socialistas⁶⁵.

63. *La Época* trató de remover conciencias insistentemente entre sus lectores con un lenguaje defensivo. Fueron continuas las menciones a los perjuicios que causaría sobre las «clases conservadoras» una potencial mayoría republicano-socialista en el consistorio.

64. Nos referimos a la acción social por costumbre WEBER, Max: *Economía y sociedad*. México: FCE, 1977 (1921).

65. HERNÁNDEZ, Carlos: *Bautismo ciudadano...*

Ambos grupos merecerían un examen más profundo para el que ya no se dispone de espacio y seguramente una investigación comparada y exhaustiva al respecto revelaría la existencia de subculturas o estilos culturales dentro de una misma cultura general⁶⁶. No obstante, sus líneas básicas no se separaron en exceso de las desarrolladas por los conservadores, por lo que el propósito de utilizar a los interventores para desvelar el sustrato cotidiano que informaba la cultura política dominante en el barrio ya está cubierto. Con todo, queremos concluir con un ejemplo que ilustra los perfiles que podía adoptar esta movilización política vertical y escalonada que era capaz de unir con vínculos vigorosos a las clases populares y a los gobernantes. Al pueblo y sus elites. Se trataba de una cultura política de alianzas parciales que, como en un cuerpo, alcanzaba a la totalidad de sus órganos. O que, como en uno de esos edificios tan típicos del casco antiguo en que convivían, cada uno en su lugar, todos los estratos sociales, alcanzaba a la totalidad de sus vecinos: desde los más pudientes hasta los más humildes⁶⁷. Para hacer más gráfica la identificación partiremos del estudio del inmueble ubicado en el número 4 de la calle de Montealeón, colindante con la plaza de Dos de Mayo.

La construcción no solo era representativa de una clase de edificación que segregaba de abajo arriba y de exteriores a interiores a los habitantes en función de su ocupación y su renta, sino que, sintomáticamente, albergaba en sus viviendas a cinco interventores liberales⁶⁸. En ella se alojaban más de 200 personas en un total de 45 hogares que iban desde los sobrios alquileres de entre 15 y 20 pesetas propios de los sótanos, cuartos pisos e interiores hasta las 50 de los principales y primeros de la fachada central. Desde las residencias con ventanal y balcón al exterior hasta aquellas habitaciones sin más luz que la procedente de un patio angosto y lóbrego. Tras sus puertas residía una heterogénea representación del abanico de figuras sociales de la época. Inmigrantes recién llegados a la ciudad confraternizaban con vecinos instalados en la zona desde hacía más de tres décadas. Empleados de cuello blanco o profesionales liberales con sirvientas ocupaban viviendas a unos peldaños de viudas o jornaleros que tenían que realquilar parte de sus moradas para hacer frente a los contratos de inquilinato. Aunque separadas y diferenciadas, las distintas clases sociales mantenían contacto, se encontraban en los rellanos, compartían algunos espacios y habían podido tejer lazos firmes y transversales.

En aquellos inmuebles era donde mejor podía pervivir el tipo de comunidad que se encontraba en declive por todo Madrid y el análisis del personal político liberal parece corroborarlo, pues encontraron en el edificio de Montealeón 4 un genuino caladero para sus intereses. Allí reclutaron a cinco interventores: un militar de la Marina que cobraba el segundo salario más alto de toda la casa (2.750

66. HALL, Stuart y JEFFERSON, Tony (eds.): *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de posguerra*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2015 (1975).

67. DE MIGUEL, Santiago: *Madrid, sinfonía...*

68. AVM, Secretaría, 18-27-1.

pesetas) y tenía su residencia en el tercer piso de la fachada principal; un padre, que pese a tener el grado de oficial en algún trabajo manual cualificado trabajaba como jornalero eventual, y su hijo, empleado del Ferrocarril del Norte, que cohabitaban sufragando los gastos de un modesto cuarto interior de 22,50 pesetas; un oficial pintor de coches que ganaba 3 pesetas diarias y convivía con su familia extensa en un interior de 20 pesetas; y, por último, el portero de la finca, una figura esencial en el cumplimiento de servicios, mantenimiento del orden y nexos entre vecinos. Como ya sucediera en el caso de los conservadores, el porcentaje de madrileños entre los interventores era significativamente superior al equivalente entre los cabezas de familia del lugar (40% frente al 29%) y los índices de tiempo de residencia parecían profundizar en el fenómeno (28,6 años de estancia en Madrid frente a los 19,1 que presentaban de media los cabezas de familia inmigrantes del barrio). Militar, oficiales, empleado y portero se conocían hace tiempo y tal vez se entendieran como partículas indispensables para la reproducción social de la comunidad a pequeña escala que encarnaba la casa de Monteleón 4. Cuando todo se movía a su alrededor ellos permanecían fijos, como anclas sobre las que reposaba la buena marcha del vecindario. Seguramente, su condición de decanos del edificio les podía proporcionar importantes réditos en forma de capital social y los liberales, conscientes de ello, tenían ya una dilatada experiencia en tratar de convertir este capital en unidades políticas. Lo cierto es que tuvieron éxito a la hora de activar las energías de sus convecinos, pues la casa de Monteleón arrojó unos extraordinarios datos de participación del 79,5% frente al 66% de la quinta sección electoral, en la que se integraba⁶⁹.

El barrio de Dos de Mayo, con su convivencia de distintos estratos sociales, hacía posible el típico vínculo decimonónico entre el notable que actuaba como dirigente político y las clases populares que respondían como clientes. Desde antaño, liberales y progresistas habían articulado sus bases de apoyo en la capital gracias al tejido de una red de vínculos escalonados que iban desde el gran líder, que podía ser un Abascal o un Sagasta, hasta el pueblo madrileño, pasando por distintos intermediarios. Como en la propia escalera de esos inmuebles estratificados, en el tipo de articulación proyectada por las facciones del liberalismo resultaba vital la cadena de contactos que iba desde la aristocracia política, formada por grandes propietarios, catedráticos universitarios, abogados prestigiosos o periodistas de renombre, a los actores anónimos que movilizaba en las ciudades. Entre estos últimos abundaban los médicos, farmacéuticos, comerciantes y artesanos, personas con contacto directo con las clases populares madrileñas ya porque fueran sus pacientes, clientes o empleados, ya porque fueran sus inquilinos o vecinos inmediatos⁷⁰. En una sociedad como la de principios del siglo xx, rebosante de inmigrantes y en la que los trabajadores de los oficios habían visto devaluada su

69. Elaboración propia a partir de AVM, Secretaría, 18-26-1 y 18-31-1.

70. PALLOL, Rubén: *Una ciudad sin límites. Transformación urbana, cambio social y despertar político en Madrid 1860-1875*. Madrid: Catarata, 2013.

condición y pugnaban por evitar la jornalización, se había abierto un contexto de continua movilidad para los vecinos entre unos barrios y otros. Ante esta situación, los comerciantes con tienda abierta, los empleados o aquellos ciudadanos con varias décadas de residencia en la zona solían ser el elemento más estable de la vecindad, el refugio en que se fijaron los partidos tradicionales. Cuando ellos faltaban como referencia, la movilización escalonada se hacía más compleja. Ese fue uno de los grandes retos a los que tuvieron que hacer frente los partidos del turno en algunos de los nuevos espacios de la ciudad, donde la mezcla social propia de tiempos preindustriales que se daba en Dos de Mayo desaparecía en favor de formas de organización social que requerían de otros artefactos de movilización de intereses políticos. En una ciudad sometida a una transformación sin tregua, la irrupción de la sociedad de masas terminaría por socavar el modelo de relaciones sociales avalado por la Restauración y provocaría una crisis entre las culturas políticas que se saldaría con la reformulación en un sentido populista y militante de los principios y prácticas políticas de los defensores de la monarquía.

5. CONCLUSIONES

Desde mediados del siglo XIX la eclosión de la dimensión urbana conmovió los cimientos sobre los que habían reposado las sociedades occidentales y creó las condiciones para una profunda modificación en las formas de vida de sus habitantes. Junto a las más explícitas transformaciones de orden demográfico, económico o tecnológico, ya ampliamente documentadas por la historiografía, el estallido urbano habilitó la aparición de formas de relación, hábitos sociales y sentidos de pertenencia que rompían con los esquemas heredados y esbozaban un nuevo contexto de conflicto y disputa por la organización de la vida de las ciudades. En ese marco maleable, sembrado tanto de promesas de futuro como de persistencias y reelaboraciones, las prácticas políticas y la representación ciudadana quedaron sujetas a una incesante revisión que, sin embargo, no ha sido tan bien retratada por los historiadores. Buena parte de la literatura centrada en evaluar el impacto de la transformación social en el mundo urbano ha considerado los fenómenos políticos como el natural acompañamiento coreográfico de los macroprocesos de modernización. De otro lado, y pese a algunos apreciables movimientos, el grueso de la historia política continúa acercándose a la problemática de la definición de identidades en los albores de la sociedad de masas desde una perspectiva nacional, discursiva o partidista que descuida el estudio del contexto concreto en el que germinan los comportamientos sociales. A nuestro juicio, unas y otras aproximaciones se han mostrado insatisfactorias para describir en toda su complejidad las contradicciones desatadas por la irrupción de los muchos en la arena política y la erosión de las formas de relación social y organización políticas tradicionales.

No obstante, el giro cultural que en las últimas décadas ha llenado de nuevos enfoques tanto la historia urbana como la historia política parece dibujar un punto de encuentro propicio desde el que abordar sin apriorismos el análisis de espacios,

subjetividades, intereses y prácticas políticas: la llamada cultura política. A ese respecto, a lo largo de las páginas anteriores hemos sometido a discusión algunos de los usos más frecuentes del concepto y a la luz de una serie de instantáneas que se han tomado como vía de entrada al asunto, se ha ensayado una definición alternativa de cultura política que enmarca la forja de las identidades políticas en el conjunto de las experiencias e interacciones cotidianas de los agentes históricos. Por ello, en el artículo cultura política ha hecho referencia al acervo de conductas, formas de relación social, vínculos informales, sentidos comunes, reglas implícitas, expectativas o mapas mentales que conforman el marco abierto y en continua construcción del que se sirven los individuos de manera creativa y conflictiva para interpretar el mundo que les rodea y dotar de significado sus acciones políticas. Se trata de una definición antropológica, práctica y desde abajo que se plantea como un elemento sin el cual el calado interpretativo de la semántica histórica o los actos de habla se ve resentido para acometer el examen de las dinámicas políticas en un contexto de cambio social desbocado.

De este modo, en lugar de buscar las líneas fundamentales de una cultura política en sofisticados opúsculos acuñados por intelectuales o en síntesis propagandísticas destiladas por activistas o redactores comprometidos —de cuyo recorrido, asunción y crítica poco se sabe—, en las páginas anteriores se ha invertido el prisma de atención ubicando el foco sobre los rostros individuales de unas personas anónimas, los interventores, y el rostro colectivo de un barrio, el vecindario de Dos de Mayo. No hemos querido con ello negar la importancia que los conceptos, metáforas o imágenes pudieran tener en la construcción de las subjetividades políticas, sino poner en entredicho una serie de propiedades que habitualmente se atribuyen a los mismos y que están relacionados con su ubicuidad, disponibilidad, performatividad y autonomía respecto al resto de esferas del mundo social. Lo que se ha perseguido, en cambio, es recrear el marco de experiencias, conflictos y hábitos sociales desde el que se vivía y articulaba la política en su zona cero. Al desplazar la reflexión de las ideas y representaciones producidas por la elite política a las prácticas cotidianas de la gente corriente, hemos tratado de hallar qué patrones antropológicos, relaciones de poder o motivaciones inmediatas se encontraban en la base del comportamiento político de los individuos más allá de los relatos sobre el pasado, las definiciones de nación o los conceptos jurídicos privilegiados por cada familia política, habituales protagonistas de los estudios de cultura política.

En el caso concreto que nos ha ocupado, el cruce intensivo de datos electorales referidos a los interventores e información sociodemográfica procedente de las hojas de empadronamiento municipal nos ha permitido observar toda una serie de espacios inconscientes y figuras informales de sociabilidad política ajenos a los cauces de la política oficial pero capaces de resignificarla. Así, hemos querido mostrar cómo los vínculos de vecindad forjados en el patio de una corrala, los sueños de promoción social labrados en la trastienda de un modesto ultramarinos, las relaciones forjadas en torno a la sacristía, las desiguales oportunidades de autóctonos e inmigrantes, los encuentros entre pobres y ricos en el rellano de la escalera o

las deudas acumuladas por una economía familiar basada en la improvisación y el fiado constituían instancias clave en la politización de los individuos que resultan inaprensibles desde el análisis del discurso del partido. Lo cierto es que la política y el conflicto impregnaban el día a día de la comunidad y se materializaban en una serie de comportamientos ordinarios que habían de manifestarse, igualmente, en las circunstancias extraordinarias de una jornada electoral, cuando los interventores solicitaban y fiscalizaban el voto de sus vecinos. Así, el examen a ras de suelo de los estilos de vida de estos actores políticos que conectaban a representantes y representados nos ha puesto en la pista de prácticas políticas asentadas en la costumbre y de formas de participación electoral ajenas al canon prescrito por las autoridades, pero congruentes con los hábitos socioculturales y retos cotidianos de los habitantes. Esta presencia de distintas racionalidades en la política de masas desvela un conflicto en torno a los significados del juego político en un contexto de desmoronamiento del orden urbano y revisión del contrato social que creemos habría sido ignorado de no poner el énfasis en el terreno resbaladizo, pero abierto a la interpretación, de la cultura. En ese sentido, la aproximación microhistórica se ha revelado como una eficaz herramienta para sortear las explicaciones causales que deducen las actitudes e identidades políticas de los agentes históricos a partir del lenguaje de los sujetos más movilizados, pero también para evitar aquellas otras que establecen una correlación mecánica y pretendidamente objetiva entre clase social y comportamiento político. Con todo, creemos que este texto no es tanto un ladrillo más en la edificación de la historia de Madrid como una reflexión desde un barrio de esta ciudad de una problemática común a las sociedades urbanas del momento de entresiglos.